

Cierta noche nos encontramos alrededor de la hoguera mientras se estaba haciendo la comida. Modesto y Wengersgaard se ocupaban en avivar el fuego, haciéndose preguntas en sus idiomas respectivos, resultando la escena más cómica que imaginarse puede, pues mientras uno hablaba en castizo sueco, el otro le contestaba con largas retahilas en su extraño y pobre lenguaje. Así estuvieron un rato luchando por entenderse, hasta que la destemplada risa del indio hizo coro á la del joven noruego, dándose por vencidos en su lección bilingüe.



CAPITULO IX

Hacia el sur.—Nuevas exploraciones

MIENTRAS yo trabajaba en exploraciones de historia natural en el lago de Fagnano y en la región de Harberton, estaba el «Antártico» en Ushuaia equipándose para el viaje de verano al mar Glacial del Sur.

La tripulación se entregó durante todo este tiempo al trabajo de reposición de las distintas partes del buque. Procedióse á la limpieza de fondos, pues las algas y los pequeños infusorios marinos habían hecho que disminuyese considerablemente la velocidad del buque. Se cosieron nuevas velas, se restauró parte de su arboladura, etc., y por último se embarcó el importante stock de provisiones (harina, patatas, azúcar, café, etc.), así como las toneladas de carbón que regalaba á la expedición el Estado argentino, y que llegaron á bordo del buque almacén de esta nación «El Tiempo».

El día 30 de octubre llegó el «Antártico» á Harberton

para embarcarnos, juntamente con Skottsberg, que había llegado unos días antes, aprovisionándose al mismo tiempo de carne fresca de cordero.

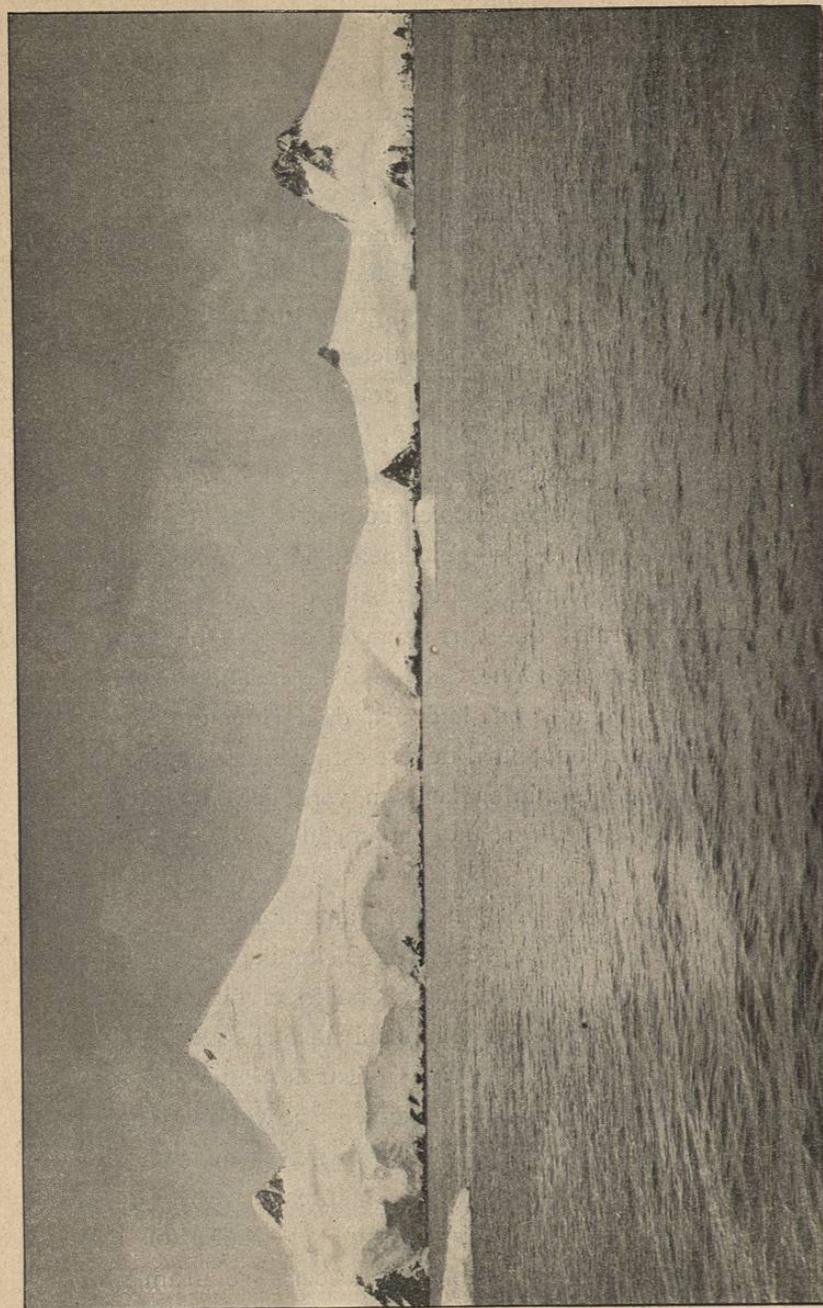
El 4 de noviembre volvió el buque á Ushuaia con todos nosotros á bordo, y la mañana siguiente temprano emprendió su viaje hacia el sur. Entre las comunicaciones que dejamos en Ushuaia había dos iguales: una dirigida al secretario de la «Sociedad Sueca de Antropología y Geografía», y otra para el cónsul de Suecia y Noruega en Buenos Aires, conteniendo los resultados más importantes de nuestras exploraciones verificadas hasta entonces.

Durante mi estancia en Port-Stanley, había oído asegurar que hacía poco habíase descubierto un yacimiento de carbón en la bahía de Tekenika, situada en la parte más meridional del grupo de islas de la Tierra del Fuego, y en Harberton recibí nueva confirmación de ello.

Bajo el punto de vista geológico, me pareció singularmente curioso hacer el examen de este hallazgo y, por lo mismo, dispuse el viaje desde Ushuaia de modo que, sin desviarnos mucho en nuestro rumbo al sur, hiciésemos escala en la bahía de Tekenika, permaneciendo allí dos días (del 5 al 7 de noviembre).

Este lugar, situado dentro de los límites chilenos de la Tierra del Fuego, es el punto habitado más meridional de la región.

Allí vivía un misionero inglés, mister Williams, con su familia y un sirviente, ocupado en la propaganda evangélica entre las tribus de indios yagán. Era de admirar el noble celo y el constante entusiasmo de este santo varón, que sólo deseaba poder trabajar, hasta morir, en



Cabo Neyl y monte Allo.

aquel rincón apartado del mundo, predicando las divinas creencias entre los pobres salvajes del extremo sur.

La pequeña y pintoresca vivienda de mister Williams se hallaba en medio de un grupo de cabañas que los indios habían construido para habitarlas bajo la dirección del misionero. Forman una verdadera colonia trabajadora, que poco á poco aumenta gracias á la inagotable paciencia y continuos desvelos del pastor evangélico. A menudo reparte ropas entre los colonos más aprovechados para despertar su emulación, logrando por todos los medios la prosperidad y aumento de la colonia.

El examen del yacimiento carbonífero dió un resultado científico inesperado y singularmente importante; pues, además, encontré multitud de fósiles de moluscos entre las capas minerales que formaban el terreno objeto de mis investigaciones. Como este depósito fosilífero es visiblemente más remoto que la época de formación de las capas en que se encuentra, débese estudiar este problema detenidamente para informar con verdadera base respecto á la edad geológica de la cordillera de la Tierra del Fuego.

Cuando el «Antártico», al amanecer del día 7 de noviembre, salió de la bahía de Tekenika, dejábamos detrás de nosotros el último de los países civilizados. Nos encontramos ahora abandonados á nosotros mismos, á nuestros propios recursos y á nuestros planes de trabajo, hasta el deseado día en que, en Snow-Hill, lográramos reunirnos á nuestros compañeros de expedición. Aunque quedaban aún importantes territorios que explorar ante nosotros, y aunque el viaje por las costas de las tierras sudpolares ofrecería seguramente muchas dificultades, comprendíamos, sin embargo, que

habíamos dado un importante avance hacia el final del largo viaje.

Navegando ahora con la proa hacia el sur, nos hicimos á la mar desde las pedregosas islas que rodean el cabo de Hornos. Calculábamos entonces que, transcurridos tres meses más de trabajo, podríamos estar todos reunidos á bordo del «Antártico», de regreso á la lejana patria.

Durante la noche del 7 de noviembre pasó el «Antártico» á la altura del cabo de Hornos sur, al oeste de la isla de Hermite, y marchó todo el día siguiente á velas desplegadas con buena velocidad hacia el sur sudeste. A las dos de la tarde del día siguiente observamos la primera montaña de hielo, de forma singular, aunque poco voluminosa, y durante la noche del 9 al 10 encontramos inesperadamente, á los 59° 30' de latitud sur y 66 de longitud oeste, los primeros bloques de hielo de mar flotantes, arrastrados por las olas. Las costas de Shetland Meridional suelen presentarse generalmente accesibles, sin el menor obstáculo de hielo, y el «Antártico» había ya pasado por allí el año anterior, aunque más entrado el verano, hallando sus aguas completamente libres.

Dos días después, durante la noche del 11 al 12 de noviembre, nos detuvo á los 61° latitud sur una gran masa de hielo, entre cuyos bloques, después de algunos intentos de penetración, quedamos aprisionados.

Durante los días siguientes (del 13 al 17 de noviembre) el tiempo fué tan tranquilo y sereno que el hielo se disgregaba poco á poco; entonces hizo Larsen avanzar el buque, pero los bloques se aglomeraron de nuevo alrededor de él, y tuvimos que aguardar aún entreteniéndonos, mientras, en medir las dimensiones de los

trozos de hielo y en tender nuestras redès en las capas superiores del agua, entre las pequeñas aberturas, al lado mismo del buque. Observamos también un grupo poco numeroso de pájaros bobos que no daban muestras de asustarse.

Una vez que pudimos reanudar nuestra marcha, hallamos á nuestro paso multitud de montañas de hielo; los días despejados llegamos á contar, desde el puente del «Antártico», más de cincuenta; algunas de ellas formidables y gigantescas, figurando enormes cubos de lados iguales y verticales, tipo característico de los glaciares antárticos.

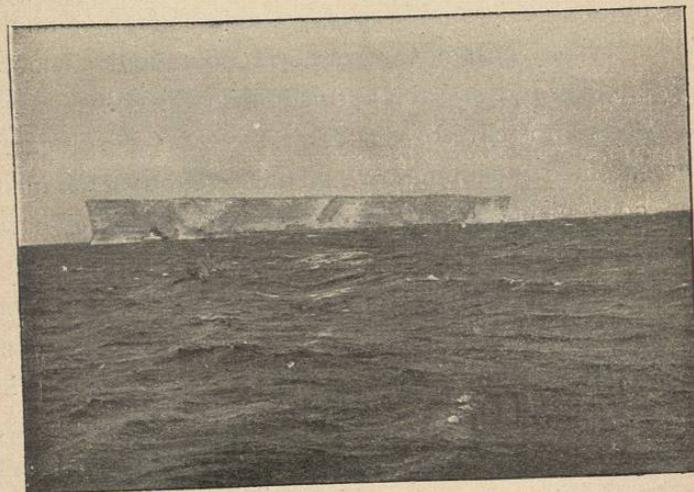
El día 17 por la tarde cambió el tiempo por completo. La atmósfera se hizo más nebulosa, y el viento refrescó hasta convertirse por la noche en verdadera tempestad. El hielo flotante comenzó á moverse, formáronse claros entre los bloques que se rompían al chocar unos con otros.

A las dos de la madrugada tuvimos que amarrar el «Antártico» con dos cabos á un trozo de hielo que nos pareció bastante voluminoso y consistente; pero á la mañana del día siguiente se rompió en varios pedazos, y el buque quedó á merced de las olas.

Montañas de hielo compacto, cuya base se sumerge más de doscientos metros bajo el agua, flotan en la superficie del mar de un lado para otro, moviéndose lentamente. La tempestad rompe contra sus caras irregulares y los trozos de hielo de mar son arrastrados por la tempestad, mientras van chocando unos contra otros.

Algunas veces se quiebran en pedazos con gran estrépito y la espuma helada hierve en torno de las moles que se disgregan. Mal lo pasaría la embarcación que se en-

contrara en medio de ese gigantesco desmoronamiento. El «Antártico», á pesar de todo, caminaba más deprisa que el hielo del mar, pues su alta arboladura recogía mucho viento y el barco se deslizaba entre los bloques que, con ruido continuo, rozaban contra sus costados. De vez en cuando recibía el buque secos golpes que hacían retemblar el casco, y frecuentemente teníamos



Una vanguardia del Mar Glacial.

que poner en marcha la máquina para esquivar el choque contra alguna formidable montaña de hielo que avanzaba cerrándonos el paso.

La tempestad fué de larga duración; á las dos y media de la madrugada del día 21 de noviembre, me despertaron fuertes gritos que daban sobre cubierta, y cuando llegué arriba vi que á tres ó cuatro veces la longitud del buque, á babor, se erguía una montaña de hielo bastante más alta que el palo mayor y cerca de tres veces más larga que el navío. De la imponente masa sobresalían pedazos colgantes que se habían desprendido de la mole

principal, y por momentos corría peligro el «Antártico» de ser estrellado irremisiblemente contra ella. Reinaba un furioso temporal de nieve. La embarcación andaba á toda máquina, y las velas del bauprés, foque y gavia estaban desplegadas. Durante breves momentos el buque sólo conseguía adelantar despacio unos cuantos metros á causa de la resistencia que oponían los trozos de hielo; por último, cedieron á la presión unida de la máquina y de las velas, y pasamos, rozando la montaña de hielo, al espacio libre que se había formado á su abrigo.

Navegamos el resto del día unas veces por lugares libres, á media máquina para mantener el buque en marcha conveniente, y otras rápidamente, cuando el paso amenazaba cerrarse. Un huracanado viento cargado de nieve, tornó la atmósfera tan densa, que no podíamos distinguir nada á corta distancia.

Durante la mañana del 22 calmó el viento, y por la tarde pudimos de nuevo intentar acercarnos á tierra, sorteando numerosos bloques de hielo durante largo trecho. A las nueve de la noche alcanzamos el agua libre que bañaba la costa de la isla de Shetland Meridional. La isla de Smith se encontraba delante de nosotros, á una distancia de treinta millas marinas.

El día siguiente (el 23) entramos en el estrecho de Bransfield; cerca de la costa occidental de Snow-Island, giramos una rápida visita á un par de pequeños escollos cerca de esta isla, haciendo después rumbo hacia la isla de la Decepción. El mar se presentaba ahora más despejado, sólo encontrábamos algunas fajas de hielo de poco espesor en nuestro camino, que apenas causaron retraso en la marcha del buque.

La isla de la Decepción es conocida como una de las

islas volcánicas mayores en su género y más típicas del mundo. Tiene un litoral de más de sesenta kilómetros, es de forma anular y su cráter comunica por medio de una angosta abertura con el mar.

Cuando esta isla fué visitada, en 1828, por la fragata inglesa «Chanticleer», mandada por Foster, se produjo en el cráter un desprendimiento de gases sulfurosos y vapor de agua, y cerca de estas fumarolas se encontraron fuentes de agua caliente á una temperatura de 88°.

El pescador americano de focas, Smiley, que en 1842 hizo escala en la isla, asegura que toda la parte meridional se encontraba entonces en viva actividad volcánica, con nada menos que «trece bocas de erupción».

Como no había ningún informe posterior sobre esta singular isla, teníamos sumo interés en visitarla para estudiar su estado actual. Arribamos á ella el día 23 por la noche, pero á nuestra llegada sufrimos un gran desencanto. La boca del cráter hallábase obstruída por hielo compacto, y á través de un estrecho claro pudimos ver que estaba cegado completamente, por lo cual debimos renunciar á internarnos en él. Por la parte exterior no vimos entonces rastro alguno de actividad volcánica.

Hacia la parte meridional de la entrada, la lava había producido una enorme grieta vertical en la pared del cráter que daba á conocer su estructura interior y las materias volcánicas que encerraba.

Nos quedamos aquella noche cerca de la isla, y á la mañana siguiente temprano volvimos á tierra Skottsberg y yo, desembarcando en la orilla meridional cerca de un pequeño escollo montañoso. La isla estaba cubierta de hielo y tuvimos ocasión de admirar el singular depósito alternado de hielo de ventisquero y ceniza volcánica, que